ZONA LIBRE

BAJO EL CIELO DEL SUR

Antonio Santa Ana

LOS OJOS DEL PERRO SIBERIANO



Ayer volví, después de tantos años. al río.
El agua, los piedras, los árboles, el viento, son los mismos.
Yo ya no soy el mismo.
Le debo o Ezequiel el haberme enseñado que la vida
no es más que eso: asomar la cabeza para ver qué posa afuera, aunque hoyo tormenta. Y una suite de Bach.

Los ojos del perro siberiano.1998.



Bajo el cielo del sur

Antonio Santa Ana

Santa Ana, Antonio
Bajo el cielo del sur/ Antonio Santa Ana; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Linzuain. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Grupo Editorial
Norma, 2019.
136 p.; 21 x 14 cm. - (Zona libre)

ISBN 978-987-545-853-6

l. Narrativa Juvenil Argentina. l. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain, Laura, ed. 111. Título.
CDD A863.9283

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Primera edición: diciembre de 2019

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Laura Linzuain Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti Diagramación: Romina Rovera Diseño de tapa: Valeria Bisutti

Gerente de producción: Paula García Jefe de producción: Elías Fortunato

CC61090829
ISBN 978-987-545-853-6



Bojo el cielo del sur

Antonio Santa Ana

orma

www.nonnainfantilyjuvenil.com/ar

Para Paloma.

Unos van por el sendero recto, otros caminan en círculo,
añoran el regreso a la casa paterna
y esperan a la amiga de otros tiempos.
Mi camino, en cambio, no es recto ni curvo,
llevo conmigo el infortunio, voy hacia nunca, hacia ninguna
parte, como un tren sobre el abismo.

Anna Ajmátova

UNO

Tanta ciudad, tanta sed y *tú un* hombre solo.

Luis Alberto Spinetta

Volver.

No recuerdo cuántos años pasaron, no sé si quiero contarlos.

El río está calmo hoy.

Camino por la orilla donde el barro se hace agua y el agua se hace barro. Miro las huellas que el agua se lleva; pienso en las otras, en las que no se borran.

Deberé limpiar mis botas después.

En mis auriculares suena la sonata en sol menor de Beethoven; algo de su tensión me incomoda, pero la sigo escuchando.

Me siento en una piedra, el sol me da en la cara.

Pienso qué habría sido de la literatura si Homero, en lugar de comenzar la *Ilíada* con el verso "Canta, oh, diosa, la cólera de Aquiles", lo hubiese hecho con uno que dijera: "Canta, oh, diosa, la nostalgia de Aquiles".

Pero la historia de la literatura occidental empieza hablando de la cólera, la cólera de estar vivo.

De cólera, pero también de nostalgia y de esperanza están hechos los libros.

Al menos es lo que yo busco en ellos.

Me levanto. Respiro hondo.
Miro al cielo.
Tengo que ir al cementerio.

"¿En qué silencio te escondés?", me preguntó la abuela unos días antes de mi viaje. Pienso en eso desde entonces. Lo hago ahora mismo mientras camino por un sendero que conozco de memoria.

Hay que girar a la izquierda más adelante, después de aquellos cipreses. Desde allí, caminar veinte metros.

Llego.

Tengo un ramo de lirios en la mano y leo su nombre en una lápida de mármol: Ezequiel.

Me doy cuenta de que no recuerdo el sonido de su voz.

Se nubla y lo agradezco. La luz del sol me sigue pareciendo despiadada, como el día de su entierro.

"¿En qué silencio te escondés?". Tal vez la pregunta debió haber sido: "¿De qué te escondés en tus silencios?".

La de Martín fue la primera cara que vi al volver. Debería mencionar al oficial de Migraciones que selló mi pasaporte y me dijo "bienvenido". Pero no estoy seguro de haber visto su cara. No estoy seguro de muchas cosas.

Aterricé, pasé por Migraciones, por la aduana, y al salir del aeropuerto lo vi parado ahí. Sonreía y tenía un cartel con mi nombre, como los choferes que van a buscar a los pasajeros que no conocen y que no conocerán jamás. Un pasajero ahora, otro en el próximo vuelo y así.

Martín parado ahí, con un cartel con mi nombre. Se había dejado crecer la barba pero seguía siendo el mismo que conocí a mis 12 años, en el curso de ingreso al colegio. Sus ojos risueños y cálidos, su sencillez.

No lo esperaba.

Le había avisado que volvía y él me preguntó el número del vuelo: debí sospechar que vendría.

—Bienvenido a la patria -me dijo, mientras me abrazaba. Había hablado con dos personas desde el aterrizaje y las dos habían

utilizado la palabra "bienvenido". Ojalá significara algo.

Señaló mi mochila y me preguntó por el resto del equipaje.

—Es todo —dije—. Son solo unos días, los necesarios para firmar los papeles de la herencia de la abuela y buscar a Sacha.

Martín me acompañaría en las dos cosas.

Nunca supe por qué él quiso ser mi amigo. Le llevó años. Yo quería ser invisible para el resto y en parte lo logré, salvo para Martín y un par más.

Él me vio.

En el colegio había muchos alumnos muy cultos, pero a diferencia de ellos, Martín no se jactaba de sus conocimientos. No había ningún tipo de soberbia en su saber. Durante años lo vi ampliar sus campos de interés. Me fue sorprendiendo: en las conversaciones en el aula siempre tenía una frase o una cita adecuada para que las ideas fluyeran o para mirar el asunto desde otro punto de vista.

Más allá de los saludos cordiales y las frases de ocasión (yo era un especialista en ellas), la primera vez que hablamos fue cuando teníamos 15 años. Pero en los años siguientes no hablamos mucho más. Cuando yo me fui nos hicimos amigos a la distancia, escribiéndonos.

—Una amistad por correspondencia —se burlaba—. Somos del siglo XIX.

Aquella primera vez, hablamos de cine.

Estábamos en un bar en la calle Moreno, él me había pedido ayuda para estudiar algo. Latín, creo. Llegó tarde, la puntualidad nunca ha sido su fuerte.

Yo tomaba un café con leche; él, mientras esperaba su

café, tamborileaba con los dedos en la mesa. Saqué mis apuntes y él se disculpó; estaba apurado, me dijo, porque se había enterado de que había un ciclo de películas, no recuerdo de qué país (¿Irán, Noruega?). Me contó que quería estudiar cine (cosa que al final hizo al terminar el colegio).

Mis gustos cinematográficos se remitían a una sola película: Blade Runner, y se lo dije.

¿Cuántas veces la habría visto? ¿Cinco, seis? ¿Más?

Él se puso a hablar sobre Blade Runner y la cargó de muchos más significados de los que ya tenía para mí. Me habló del expresionismo alemán y de su influencia en la estética y en el argumento de la película. Del uso de contrastes extremos en la fotografía. De su tono pesimista. De un protagonista moralmente reprochable, metido en un universo que no le pertenece. Un universo nocturno, bajo una lluvia constante.

No estudiamos; él se la pasó hablando de cine todo el tiempo y, mientras se despedía, dijo:

—Gran película sobre qué significa ser humano en un futuro teñido de melancolía y fantasmas del pasado.

Llegué hace un par de días, necesito acostumbrarme a estar aquí de nuevo.

Nadie me cree que tengo ganas de estar solo aunque lo diga claramente. Me invitan a reuniones, quieren presentarme gente.

Muchas veces me he sentido más solo en las reuniones que estando solo.

Me obligan a participar de conversaciones sobre temas que desconozco o no me interesan.

Nadie suele escuchar cuando decimos que preferimos estar solos. Estamos condenados a la urgencia de las ganas de los demás.

Camino por Buenos Aires, camino por las calles que caminamos juntos.

Miro a la gente pasar.

Creo que busco a un joven y a un perro que sé que no veré. Esbozo una sonrisa al darme cuenta.

Ya fui a caminar por Avellaneda, hasta la cancha de Racing. Me sigue emocionando la liturgia de la salida de los equipos. Recordé la primera vez que había ido, cuando cerré los ojos para sentir todo con el cuerpo, sin mirar. Y el abrazo, el primer abrazo que nos dimos.

Palermo, San Nicolás, Monserrat, San Telmo.

En aquella esquina tomé un café con él una vez. ¿O fue en la de enfrente?

Algunas cosas, me doy cuenta ahora, se escapan de mi memoria. Detalles, matices, colores.

Otras las recuerdo con claridad. La memoria es un músculo que se debe ejercitar.

Repºaso una línea de un poema: ¿de quién, de quién,
de quién?

Buenos Aires se *mueve sin vos,*
solo yo la sostengo,
yo le quedo de vos.

Los jacarandás están florecidos y yo los busco. Recorro la ciudad buscándolos. Recuerdo dónde están y me sorprendo al encontrarlos exactamente donde pensaba.

Armo mi caminata para verlos.

Aún quedan flores de lapacho en el piso.

Mientras camino entre flores celestes silbo la canción de María Elena Walsh. Sol, fa, mi, sol, re.

Dos chicas van de la mano delante de mí. Se detienen de repente y se besan; es un beso rápido, furtivo.

Los tiempos han cambiado.

Me pregunto cuántas veces él se habrá besado con alguien en la calle.

NO he vuelto a la casa de San Isidro. No quiero. Temo que me pase como al protagonista de *Pedro Páramo*, que viaja a Comala porque le han dicho que allí vive su padre pero al llegar no encuentra nada, solo fantasmas.

Temo que me pase lo mismo. Deberé regresar, pero no ahora.

Hay lugares a los que no habría que volver.

Alguien dijo alguna vez que somos lo que recordamos. Yo creo que somos lo que elegimos no olvidar.

Me llama mi padre. Está indignado porque no me contacto ni lo llamo. Él tiene una idea muy clara de cómo deben ser las cosas. Siempre la tuvo.

Yo no.

Aún hoy me da pavor recordar su mirada.

La conversación es tensa, ninguno de los dos está cómodo. Trato de que sea breve y me despido con vagas promesas. Él está enojado.

Canta, oh, diosa, la cólera de Aquiles.

No sé por qué tengo tan presentes a los griegos todo el tiempo. ¿Ellos ya dijeron todo? ¿Nos dejaron algo por decir a los demás?

En la *Ilíada* está la verdad. La Odisea es otra cosa: viajás por el mundo, conocés a mujeres extrañas y al volver a casa podés vengarte de todos.

En la *Ilíada* te meten en una guerra no deseada, matan a tu mejor amigo ... Sin ninguna elección, sin ninguna esperanza. Creés que

nunca vas a regresar a tu hogar y que nada podrá hacerte sentir mejor.

A nuestras vidas las rige el azar. Me lo enseñó el tiempo. Me lo enseñaron los libros.

Hace años una amiga me recomendó leer El halcón maltés, de Dashiell Hammett.

Hay una pequeña historia en ese libro que siempre me acompaña.

El señor Flitcraft era un buen ciudadano, buen padre, buen esposo. Iba caminando por la calle y, al pasar por una obra en construcción, una viga cae y se estrella en el piso cerca de él. Sale ileso; solo recibe un raspón producido por una esquirla, que le deja una pequeña cicatriz. Entonces comprende que los hombres mueren así, por azar, y que viven solo mientras el ciego azar los respeta. Decide en ese instante no volver a su casa. Se va a vivir a otro lado, abandona a su familia, su trabajo; se va sin decir adiós. Vagabundea un tiempo hasta que, en otra ciudad, se vuelve a enamorar y se casa. Regresa a la misma vida rutinaria que tenía antes de huir.

Y sin embargo, a pesar de la extraña actitud de Flitcraft, siento lo mismo que señala Spade, el detective protagonista de la novela de Hammett: *eso es lo que me gustó de la historia. Se acostumbró primero a la caída de vigas desde lo alto; y en el momento en que no cayeron más vigas, se acostumbró a que no cayeran*.

Igual que aquel buen ciudadano, yo ya había aprendido a estar atento a las caídas y a los cambios. Me gustaría, algún día, tener que acostumbrarme a las rutinas.

Hace tiempo busqué en el misticismo la respuesta a la pregunta: "¿En qué silencio te escondés?".

Un compañero de estudios, budista, me había recomendado *El* libro *tibetano de los muertos.* Allí- dice que lo que está prohibido es llorar a nuestros muertos. El llanto los confunde. Tampoco se los debe invocar, porque ellos no pueden volver.

—Así que nada de llorar —me había dicho mi compañero—. Al recordarlos hay que tener actos amables o hacerle algún regalo a alguien.

Regalar cosas, regalar cosas. Le dedicaría mi tiempo

a eso.

Para ir hasta al campo de la abuela, Martín consiguió que un amigo le prestara un auto. El auto era viejo, un poco destartalado, bastante sucio: el piso del asiento del acompañante estaba lleno de cáscaras de mandarina. Me quejé.

—Estamos yendo a buscar a un perro, no esperes una limusina— y largó una de sus carcajadas sonoras y contundentes.

Hicimos el trayecto en silencio. Yo pensaba en si los perros tienen memoria: ¿la tendrán? ¿Se acordaría de mí?

El viaje fue mucho más corto de lo que recordaba. La casa, mucho más pequeña. Me costó reconocer algunas cosas de aquel lugar donde había pasado tantos veranos de niño. Sin duda, mis años y mis viajes habían cambiado la perspectiva. Los árboles, eso sí, me parecieron mucho más altos.

Allí estaba el ombú en el que me trepaba.

En el lugar había varios perros. El que tardó en darse cuenta de cuál era Sacha fui yo. Él no me reconoció, era lógico. Habían pasado muchos años. Lo llamé despacio por su nombre, mientras me acercaba.

Yo le había prometido a Ezequiel que iba a cuidar a su perro; pero no pude, no me dejaron. Recuerdo el dolor que me causó, que me causa todavía, no haber podido cumplir con el último pedido de mi hermano.

Sacha se había convertido en un perro adulto. Ya no era el animal joven y vigoroso que mi hermano paseaba y cepillaba todos los

días. Tenía nudos en el pelo y barro en las patas.

Me acerqué despacio, él me olfateó; se arrimaba y alejaba con desconfianza. Aproximé mi mano a su hocico para que la oliera y él puso las orejas para atrás. En algún momento comenzó a mover la cola, apoyó sus patas delanteras en mi pecho y me dio lengüetazos en la cara. Lo acaricié despacio un largo rato.

Después me senté en el piso, recostado contra un árbol, y él apoyó su hocico sobre mis piernas. Tal vez fuera feliz ahí en el campo, corriendo, rodeado de otros perros. Tal vez, pensé, no todas las promesas que uno hace se deberían cumplir.

El capataz, el mismo de siempre, luego de decirme qué grande que estaba, que yo ya era un hombre, nos contó, mientras tomábamos una taza de café caliente, acerca de los hábitos y horarios de alimento de Sacha.

En el aire se sentía el aroma de la carne asándose, nos invitaron a comer. Un asado; años que no comía uno en el campo, años que no comía un asado en ninguna parte. Yo aún quería ver a los caballos, pero dudaba de aceptar la propuesta a almorzar.

—¿Cuánto hace que no comés un asado? -me preguntó Martín—. Quedémonos.

Tuvo razón; la terneza de la carne, las mollejas frescas, los chorizos, eran sabores que hacía años no disfrutaba.

Nos tiramos un rato a la sombra del ombú para hacer la digestión. Sacha se recostó al sol, a un par de metros de donde estábamos nosotros.

Yo dormité un poco hasta que Martín me sacudió:

—Se hace tarde, es hora de irnos.

Buscamos a Sacha, nos costó un poco subirlo al asiento trasero del auto.

El viaje de vuelta me pareció más largo.

Sonaba una música que yo conocía, a bajo volumen, en la radio. Martín tamborileaba el ritmo, con sus dedos, sobre el volante del auto.

El sol de la tarde me daba en la cara a través del parabrisas sucio.

Había comido demasiado, mucho más de lo habitual.

Estábamos entrando en la ciudad, me sorprendió la cantidad de tránsito.

Sacha, en el asiento trasero, estaba inquieto. Gruñía o gemía, no lo sé bien.

—¿Alguna vez cuidaste a un perro? ¿Lo vas a poder hacer? -me preguntó Martín.

Giré la cabeza hacia atrás; miré a Sacha, y con mi mano izquierda le acaricié el hocico.

—No lo sé —respondí.

Sacha y yo íbamos a tener que averiguarlo juntos.

Jamás había tenido problemas para dormir. Comencé a tenerlos al volver al sur.

No supe bien qué hacer al principio. Daba vueltas en la cama a las 3 AM intentando volver a conciliar el sueño, sin lograrlo.

Luego, empecé a levantarme y a salir a caminar por la ciudad de madrugada.

Probé a tomar distintos tipos de tés para dormir, pero el sueño no llegaba.

Prendía el velador y leía durante un par de horas, y a veces conseguía descansar un par de horas más.

Muchas madrugadas pensé, aliviado: otra vez son las cuatro de la mañana, ya casi es de día ...

Sacha no se estaba adaptando al cambio.

Cuando Ezequiel me lo dejó, había pasado de ser un perro de departamento a uno de campo, con espacio para correr y otros animales alrededor. Y con mi regreso, volvía a estar encerrado en un departamento. Aullaba, a veces, por las noches, y tenía, a pesar de su edad, bastante fuerza y energía para gastar.

Lo había llevado al veterinario y de salud estaba bien. Antes su pelaje se veía hirsuto, con bastante tierra. Al bañarlo se puso agresivo. Igual es un perro dócil, y ahora su pelo luce suave y brilloso.

Empecé a sacarlo a caminar dos veces por día, entre cuarenta y cinco minutos y una hora cada vez, siempre en el mismo momento del día. Eso me sirvió para organizarme una rutina. Hasta entonces mis horarios habían sido muy desordenados.

Descubrí, también, que tener rutinas me ayudaba a dormir mejor.

Caminábamos al azar por la ciudad o dábamos vueltas por los parques cercanos.

No me atreví a soltarlo jamás; temía que se pusiera a correr y se perdiera por ese territorio bastante desconocido para ambos.

Le había comprado una jaula para que durmiera. En la veterinaria me habían dicho que lo ideal era que se acostumbrara a ella para que, al momento de tener que subirlo al avión, no se estresara mucho.

Llevaba varios días intentando hacerlo entrar a la jaula, sin lograrlo.

Así estaba.

Mis fantasmas y yo, cuidando la adaptación de un perro.

DOS

La percepción busca un camino
para reencontrar, en el futuro,
la escena pasada que el deseo recuerda.

Luis Chiozza

Hay puertas que se cierran muy despacio, otras se cierran de golpe. A veces parece que al cerrarse desaparecieran y que donde hubo puertas quedara solo pared. Ni un resquicio, ni una fisura para poder atravesarla.

Pensaba en eso luego de recibir el llamado de Mariano con la invitación a desayunar. Me sorprendí aceptando. No sabía qué resultaría de aquello, me sentía el señor Flitcraft acariciando mi pequeña cicatriz.

Llegué temprano. Me había olvidado de los tiempos del transporte.

Caminé por las calles que en algún momento sentí mías. Encontré un banco donde antes había una casa con jardín. Un restaurante, en lugar de un taller mecánico. No recuerdo qué había antes donde ahora estaba cierto edificio.

Tenía media hora. Decidí evitar las avenidas para no cruzarme con nadie. Caminé por calles empedradas. La mañana era diáfana y fresca, olía a río y a jazmines.

Anduve a diez calles de la casona vieja donde crecí. Pensé que me gustaría volver a ver el nogal del jardín de mi infancia.

Entré en una librería nueva para mí. Me detuve a observar los libros que estaban ubicados de lomo, pasando el dedo índice al azar sobre ellos. Encontré un Rimbaud y leí algunos poemas parado frente a las estanterías.

La chica que estaba tras el mostrador (alta, delgada, con lentes enormes y un largo mechón de su pelo castaño teñido de azul) me observaba con desconfianza. Escribía en su computadora y a cada rato levantaba la vista para mirarme. Pensé en comprar el libro pero no lo hice. La saludé con una inclinación de cabeza y me fui.

El bar estaba en una esquina, era moderno y muy iluminado. Mucha fórmica y metal. Demasiado frío para mi gusto. Tal vez era lo adecuado para la reunión que me esperaba.

Mariano ya había llegado, estaba sentado en una esquina leyendo un diario económico. Tenía un café por la mitad, un vaso de jugo de naranja y unas medialunas sin tocar sobre un plato.

No hablaba con él desde mis 11 años, desde que le conté sobre la enfermedad de Ezequiel. Mariano había sido mi gran amigo de. la infancia. Sus padres eran amigos de los míos. Recuerdo, como si hubiese sido ayer, mi habitación, la luz que entraba por la ventana ("Ya sé por qué están enojados con Ezequiel"), y su cara de ¿asombro?, ¿indignación?, ¿miedo? ("Porque tiene sida"). Sí, era miedo. Ese día nuestra amistad perdió la magia. Nunca más volvió a mi casa.

Ahora el que había sido mi gran amigo estaba sentado, desayunando.

Me quedé parado, mirándolo; no fue premeditado.

Solo fui hasta su mesa y, dos metros antes de llegar, me quedé parado mirándolo.

Él levanto la vista, me miró y no me reconoció, bajó la vista y volvió a su diario un instante; volvió a levantarla y me sonrió. Era una sonrisa franca, se alegraba del encuentro. Se levantó y en dos zancadas llegó hasta mí, me dio un abrazo. Yo no atiné a moverme.

Nos sentamos y al instante se acercó una moza. Mariano y ella coquetearon; sin duda era un cliente habitual. Yo no tenía hambre ni sed, tenía la garganta cerrada, no entendía qué estaba haciendo ahí, pero pedí lo mismo que había pedido él.

Mariano se había convertido en un hombre sólido, pensé, y no solo por la fortaleza de su cuerpo tonificado por el deporte. Se había convertido en esas personas que saben lo que quieren y luchan para obtenerlo.

Habló, me contó; de sus estudios, de viejos compañeros, de su trabajo. De un emprendimiento que no terminé de entender. Algo relativo a las finanzas, a la Bolsa, algo muy lejano para mí. Me contó que se había casado, su mujer estaba embarazada, esperaban un niño en un par de meses. Me invitó a conocer su casa. Le dije que sí sabiendo que no iría.

Yo bebía, despacio, mi café. Él hizo una pausa. Y me preguntó por mi vida.

Tomé aire y le conté que estaba viviendo en el departamento que me había dejado la abuela y de su dinero, también de las traducciones que hacía para algunas ONG. Siempre se me habían dado bien los idiomas y mi experiencia fuera del país me había ayudado.

Nos quedamos un rato en silencio; un silencio tenso, nervioso, al menos para mí, que no tenía nada más que decir.

Entonces él, ese hombre sólido, fuerte, que yo creía que sabía todo lo quería y cómo conseguirlo, empezó. a hablar, torpe, apresurado, enojado.

—Yo era un niño idiota y asustado —me dijo—. Un niño idiota y asustado.

Yo también lo fui, pensé. Habló, habló, habló.

Tenía mucho para decir, demasiadas cosas guardadas durante muchos años.

Levanté mi mano derecha para que con ese gesto entendiera que ya estaba bien, suficiente, que lo entendía. Pero él no la vio,

miraba su taza vacía y hablaba del niño idiota y asustado que había sido. Levantó la vista y apretó con fuerza mi mano.

Ese hombre sentado frente a mí que alguna vez fue ese niño idiota y asustado había sido mi amigo; no creí que pudiera volver a serlo. Sin decírselo le agradecí su silencio y discreción en aquellos tiempos, en aquel ambiente. Porque el niño idiota y asustado que yo había sido había cambiado. Ese hombre sentado frente a mí, de manera torpe y apresurada, me pedía disculpas por el pasado.

A veces perdonar puede ser liberador.

Abrí la puerta del departamento. Ella sonreía. Tenía puesto un vestido violeta.

Me quedé parado sin entender.

Martín apareció unos segundos después, se había quedado cerrando la puerta del ascensor; tenía una botella de vino en una mano y el estuche de una guitarra colgando de la espalda.

—Espero que no te moleste que no te haya avisado —dijo—. Terminamos de ensayar y Alejandra no tenía planes, así que la invité a cenar con nosotros.

Sacha daba vueltas alrededor de Martín moviendo la cola. Se llevaban bien los dos. Ya estaba limpio, sin barro y sin nudos en el pelo. A pesar de que lo cepillaba dos veces por día, no podía evitar tener la ropa llena de pelos. Me los sacudí en vano.

Estaba haciendo pollo con hierbas. Me pareció que la comida no iba a alcanzar para tres. Fuimos a la cocina. Alejandra abrió la heladera, vacía. Las alacenas, igual. Me pidió las llaves y bajó a comprar verduras.

Martín fue a mi habitación y se burló de mí. De mis "hábitos monacales", creo que fue la frase exacta que utilizó.

El departamento había sido de mi abuela, pero ella no había vivido allí por años. Lo primero que hice al llegar fue buscar el chelo de Ezequiel. Estaba en el estudio. Lo saqué despacio del estuche, lo acaricié, le quité el polvo. Estuve largo rato contemplándolo. Pensé en Ezequiel, recordé el abrazo que nos dimos, llorando, cuando terminó de tocar para mí su versión de la suite de Bach; había logrado interpretarla antes de que lo internaran por última vez. Tal vez, si hubiera tenido más tiempo, podría haber sido un buen instrumentista. Me gustaba pensar en eso; aunque nunca podré saberlo.

Luego de ventilar el departamento para quitarle el olor a encierro, fui cerrando habitaciones. Limpié y vacié para mí el cuarto de servicio. No utilizaba mucho más que ese lugar para dormir, y la cocina y el pequeño baño lindero. No usaba la puerta principal; y solo iba al living a abrir las ventanas para que entrara aire y luz.

En general, compraba comida hecha o comía afuera. Además del colchón, solo había comprado un molinillo para moler café y

beberlo fresco en cada desayuno.

Mi habitación tenía una pequeña ventana por la que entraba la luz durante las mañanas; por la tarde, era bastante oscura. Además del colchón, tenía una lámpara, una silla y los tres o cuatro libros que había comprado en esos días.

Cuando Alejandra volvió cargando algunos alimentos y otra botella de vino, improvisó una cena con lo que yo había preparado más sus compras. Hizo un plato delicioso que a mí me supo a tailandés.

Cenamos en la pequeña mesa de la cocina. La del living era enorme, para doce personas, y nos hubiésemos sentido un poco ridículos allí.

Terminamos de cenar y destapamos la segunda botella de vino. Martín sacó la guitarra del estuche y se puso a tocar. Hacía años que no lo escuchaba, saltaba a simple vista lo mucho que había mejorado. Repetía una secuencia de acordes una y otra vez, los reemplazaba y alteraba.

Entonces, sucedió.

Alejandra apoyó su copa en la mesa, y sucedió el milagro. Era una cantante extraordinaria, expresiva, sutil.

Como abrir una ventana y que entre el sol.

Yo no conocía las canciones que cantó, y no me importaba. No había nada que conocer ahí. Las canciones son seres vivos. Y Alejandra sabía cómo tratarlos.

La voz de Alejandra crecía y ocupaba la cocina, el departamento. Ojalá la ciudad y el mundo.

Estaba conmovido. La miré diferente.

Entendí qué era esa mirada: así se mira a una artista.

La memoria está en los rincones, esperando para tendemos una trampa.

Me doy cuenta, ahora, de que fue Ezequiel quien me regaló mi primer ejemplar de la Ilíada cuando cumplí 8 años.

Era una edición infantil, adaptada y resumida. Me fascinó la historia, la guerra, el caballo de Troya ...

En la adolescencia leí otra versión y allí encontré otra cosa. No solo porque era una versión más cercana al original, sino porque yo ya era otro. Los libros, ellos solos, nada dicen; somos nosotros los que los· cargamos de sentido. Por eso no nos dicen siempre las mismas cosas.

¿Dónde habrán quedado esos libros?

Al levantarme decidí comprar un ejemplar.

Primero tenía acordada una charla telefónica con un amigo que cuidaba mi departamento en el exterior.

Recogía la correspondencia y regaba mis plantas, algunas hierbas que tenía en la ventana e la cocina. Me contó que allá llovía desde hacía días, que no había llegado nada importante; y que las plantas estaban bien, mejor que cuando las cuidaba yo, dijo entre risas.

Yo hubiera querido tener algo concreto que decirle pero le conté vaguedades.

Fui caminando desde el departamento de la abuela —ya debería decir "mi departamento"- hasta la avenida Corrientes. Busqué las calles laterales para evitar mi fobia a las avenidas. Avanzaba hacia mi objetivo errático y desordenado, pero avanzaba.

Llegué a Tribunales y antes de ir a las librerías me senté a tomar un café en el Petit Colón. En los días que llevaba en Buenos Aires había tomado el hábito de sentarme en un café, con un pocillo entre las manos, y observar a la gente o leer, sin que nadie me apurase, hábito olvidado durante los años en que me acostumbré a ir tomando cafés por la calle yendo de un lugar a otro. Acá era diferente: podía sentarme tranquilo y disfrutarlo. Tenía tiempo.

Al doblar por la avenida me llamó la atención una panadería que vendía pastelería italiana. (Buenos Aires, a diferencia de lo que creen sus habitantes, me parecía ahora una ciudad bastante pobre en oferta gastronómica. Me había acostumbrado a tener muchas variedades de comida del mundo al alcance de la mano). La panadería parecía antigua, pero yo no la recordaba; debo de haber pasado por allí muchas veces sin verla, tal vez ahora que mi ritmo era el de un turista descubriría otras cosas que antes me pasaban inadvertidas. Compré una *sfogliatelle* y *pasticiotti* con almendras para llevar.

Caminé por la avenida Corrientes tras la edición que buscaba. Estuve en cuatro o cinco librerías hasta que la encontré. La edición completa de la *Ilíada,* escrita en hexámetros. El librero que me atendió, amable pero un poco hosco, leía un libro sobre cultura y melancolía; me cayó bien. En otra librería terminé comprando una oferta de cinco libros de terror y ciencia ficción, de esos que forman parte de las colecciones que se venden en los kioscos de diarios.

Por la noche repasé mis partes favoritas de la *Ilíada.* Mientras tomaba un té y comía las delicias de la pastelería italiana, saltaba páginas, de atrás para adelante y de adelante para atrás.

Cerré el libro y me acosté con la *Ilíada* dándome vueltas en la cabeza.

Me dormí pensando en que la desgracia es el destino común de hombres y de héroes.

Yo estaba en una esquina. Un perro sentado a mis pies y un ramo de fresias en la mano.

Recordaba la última vez que nos habíamos visto: caminamos horas por entre los arces y los olmos, era otoño. Todo era ocre, rojo y amarillo. Les dimos de comer a las ardillas. Una tarde resplandeciente, el aire estaba lleno de colores. Tomamos litros de café. Nos reímos, lloramos. Nos besamos. Nos besamos sabiendo que era la última vez que lo haríamos.

Todo fue demasiado cursi viéndolo a la distancia.

Yo estaba vestido de negro con una bufanda gris; ella tenía un sombrero azul. Está en el fondo de una fotografía que aún conservo.

Estuve dos meses esperando su visita, lo había prometido y había cumplido. Así era ella. Así es.

Pero había ido a decirme que mejor no, que terminábamos. La distancia era demasiada y ella necesitaba a alguien cerca. La entendí. "Todo siempre fue más complejo de lo que parece", había dicho.

La fui a buscar al aeropuerto y fuimos hasta mi departamento combinando tren y metro. Nunca había hecho esa combinación y temí que nos perdiéramos.

Fuimos a museos, a clubes de jazz por las noches, a librerías de viejo. Yo no había hecho nada de eso desde mi llegada y me sirvió para conocer mejor la ciudad. Seguiría sintiéndome extranjero, pero al menos me ubicaría mejor los años siguientes. Creo que nunca recorrí tanto como en aquellos días.

Natalia no conocía la ciudad, pero había investigado bien para sacarle provecho al viaje e hicimos todo lo que ella había planificado, menos ir a ver un musical de moda, cuyo nombre ahora no recuerdo; me negué, no sé bien por qué.

Ella había estudiado dónde estaban los mercados orgánicos los fines de semana; encontró uno a tres estaciones de metro. Seguí yendo a comprar al mismo lugar todos los fines de semana. Sabía dónde comer comida judía, árabe y japonesa. Ese viaje de Natalia no solo me abrió la ciudad, también abrió mi paladar.

Cuando se fue nos seguimos escribiendo con frecuencia. A veces más, a veces menos.

No le había contado de mi regreso y ella, al enterarse por Martín, me llamó.

La vi cruzar la calle antes de que ella me viera a mí.

Nos dimos un abrazo largo y acogedor. Hablamos de su trabajo como redactora en una revista mientras caminábamos varias cuadras hasta encontrar un café que tuviera mesas afuera, para poder sentarnos con Sacha. En el trayecto, Natalia se detuvo al lado de un contenedor de basura y levantó algo del suelo: la pata de una mesa de luz. Era de madera oscura, torneada, angosta en la base y ancha arriba. Parecía un garrote.

Me contó que en sus ratos libres hacía artesanías con objetos recuperados de la basura.

—Me gusta —dijo— esa especie de frontera ..., ese momento en que un objeto abandonado se transforma en otra cosa. Hay veces en las que de algo roto puede nacer algo bello.

Volver a Buenos Aires, volver a mi lengua, también implica pensar en su uso, en cosas en las que no pensaba hacía años y que nunca supe bien.

Jamás supe cuál era la forma correcta, si debía decir "tengo un hermano muerto" o "tuve un hermano que murió".

Si debía usar el pretérito perfecto simple o el presente.

En inglés siempre me resultó más sencillo. Viviendo allá, digo: *my dead brother o my late brother*.

Me doy cuenta de que en inglés no utilizo el verbo "tener".

Cosas de la lengua materna. En inglés, no lo tengo.

El pasado no se queda quieto.

Pensé en eso durante mis caminatas, en algunos reencuentros. Un perfume nos puede llevar a él.

En algún momento, el pasado debería prescribir. Pero no, el pasado no se queda quieto.

El pasado se mueve.

TRES

*Es más difícil matar a un fantasma
que a la realidad.*

Virginia Woolf

Camino por la recova de Alem y voy pensando en ideas absurdas: imagino que merezco un pasado diferente. Nadie se merece nada.

Camino por la recova, hice un camino especial para ir por ella. Alguna vez me gustó. Creo que me sigue gustando a pesar de la suciedad, los enormes contenedores de basura y la falta de mantenimiento. A algunas lámparas —¿de qué año serán? — les faltan las luces, y al techo, revoque.

Me han dicho que del otro lado de la avenida, tiempo atrás, estaba el río; que los edificios que ahora están allí fueron construidos ganándole terreno. Debe haber sido muy bello caminar por aquí en aquellos tiempos, no como esta noche en que el viento sopla y levanta la basura del piso. Dos turistas ingleses me piden que les saque una foto. A ellos también les deben gustar las recovas, no se entiende si no qué es lo que hacen por aquí a estas horas.

Quién sabe por qué me gustarán las recovas, tal vez por la idea de caminar bajo techo por la ciudad. Debería ir a conocer Bologna; mi amiga italiana me ha dicho que es la ciudad con más recovas de Europa, y que allí, además, se conserva la ciudad tal cual era en la Edad Media y también la primera universidad de Europa.

—Si es la primera universidad de Europa debe ser la primera del mundo -le dije.

Dudó.

—Bueno... —dijo—. Siempre se dice que es la primera de Europa, no del mundo. Además se come muy bien allí. Le dicen "Bologna, la gorda" por eso.

Debo ir un día.

Dejo Alem, doblo y subo por una calle empinada; al final de la cuadra está mi destino: una suerte de bar donde Martín y Alejandra, con otros músicos que no conozco, tocan en vivo por primera vez.

Es un sótano. Bajo. Varias personas que no recuerdo

me saludan; por las dudas, bajo saludando. Tenemos una mesa reservada cerca del escenario.

En el mismo momento en que me servían mi cerveza vi bajar por la escalera a Natalia acompañada por su novio. Sabía de su existencia, por supuesto, pero hasta entonces no lo había visto. Ella también entró saludando a varios; después me explicó: algunos habían sido compañeros nuestros de la secundaria, otro era el hermano de Martín. De los excompañeros pude reconocer a un par, pero al hermano de Martín que me había saludado estaba seguro de que no lo había visto nunca en la vida.

El novio de Natalia trabajaba con ella, era jefe de una sección en la revista; tenía solo cinco años más que nosotros, pero se lo veía mucho mayor, por la manera de comportarse y el aplomo que transmitía; además aparentaba ser muy obsesivo y saber de su trabajo. Era un poco más alto que ella pero robusto, con barba y mucho pelo. Martín, que lo conocía, decía que parecía un pequeño oso. Se notaba que le gustaba ser el centro de la atención y manejar las conversaciones. Perfecto para mí, que siempre preferí estar en la sombra.

No he estado con muchas parejas, pero descubrí que en general el primer tema de conversación siempre son ellos mismos: cómo

se conocieron, la forma en que empezaron a salir. Como si hubiera algo extraordinario en el hecho de estar juntos, como si al resto de las parejas del mundo no les hubiese sucedido algo similar. Ellos no fueron la excepción.

Natalia lo miraba fascinada, se la veía feliz; yo me alegraba por ella. Confieso que estaba un poco celoso, extrañaba la intimidad de nuestras conversaciones.

Subieron a tocar. Lo hicieron muy bien, un repertorio de canciones propias, algo de The Beatles y algo de versiones de canciones conocidas del rock argentino. Además de Martín y Alejandra, había un tipo que hacía percusión y otro, alto y flaco, que tocaba varios instrumentos, aunque muy pocas notas en cada uno de ellos: a veces el bajo, a veces una guitarra, a veces un teclado.

La gente estaba contenta y aplaudió mucho.

—Son todos amigos y familiares -dijo Martín, después, sentándose en nuestra mesa mientras llamaba a la camarera—, por supuesto que iban a aplaudir.

A alguien se le ocurrió que fuéramos a bailar. Éramos los últimos que quedábamos. Seríamos unos doce, con otra gente que se había acercado hasta nuestra mesa; me deje llevar sin entender por qué.

Caminamos un par de cuadras hasta un lugar que alguien conocía. Tenía la música muy fuerte y las luces muy bajas para mi gusto.

Pedimos un trago y me dejé arrastrar hasta la pista, bailábamos todos con todos, al menos eso entendía yo. Enseguida empecé a transpirar y a sentir empujones de todos lados. Fue divertido por un rato, esa sensación tribal de tratar de movernos todos juntos y estar ahí divirtiéndonos.

No pensar por un rato.

A la cuarta o quinta vez que golpeé a una chica desconocida con la espalda, ella me señaló que la estaba molestando, tal vez

creyó que era una forma de seducción o, peor, alguna de acoso. Ella bailaba con una amiga. Me disculpé de todas las maneras posibles, no creo que por el volumen de la música haya podido escuchar ninguna de mis palabras. Dejé mis toscos intentos de combinar mis movimientos al ritmo de la música y me fui de la pista.

Camino al baño me crucé con una pareja, discutían de manera acalorada. Él gritaba que sí. Ella, que no. Parecían estar a punto de irse a los golpes. Minutos más tarde hice el camino inverso y se besaban, apasionados. ¿Alguno cedió? ¿Alguno cambió de opinión? ¿O decidieron cambiar de tema y pasar a lo que los unía? Jamás lo sabré.

Opté por irme sin saludar a nadie. Mirando hacia donde bailaban, saludé con la mano, creo que alguno me contestó o tal vez solo seguían bailando.

Tomé un taxi mientras pensaba en la pareja de los gritos y los besos hasta que me di cuenta de que no tenía demasiado sentido pensar en ellos y tratar de entenderlos si, al fin y al cabo, la lucidez que creo usar para pensar en mí mismo no me ha servido de nada.

Estaba a punto de irme a dormir y la vi. Había habido una tormenta muy fuerte, truenos y rayos, había llovido bastante. Ahora el cielo estaba límpido y la noche era clara.

No lo había notado antes pero desde la pequeña ventana de mi habitación, detrás del edificio oscuro que está enfrente, a una cuadra de luz y de distancia, se veía la Cruz del Sur.

Apoyé el libro que tenía en la mano sobre la pila que crecía en el piso. Crecía con cada libro que compraba porque quería leerlo y luego encima de ese aparecía otro que también quise leer y no lo hice, u otro que pensé que podía interesarme por algún motivo. Las pilas de libros, creo, son siempre la expresión de un deseo. Insatisfecho o no.

Me paré pero solo podía ver las estrellas si estaba acostado en la cama. Me vestí y subí a la terraza para verlas mejor. La puerta de la terraza estaba cerrada con nave; bajé, decepcionado, los tres pisos por la escalera pensando que en los manojos de llaves que

había en el departamento de mi abuela debería encontrarla, pero preferí pedirle una copia al encargado, al día siguiente.

Al acostarme lo recordé: mi primer, y único, telescopio.

Me lo regalaron, tal vez era Reyes, en el campo de la abuela. Recuerdo el canto de las chicharras, el calor. Debía ser enero.

Estaba deslumbrado por la cantidad de estrellas en el cielo del campo. Tan diferente, el cielo, al de la ciudad, por la contaminación lumínica. En la casa de la abuela había un libro viejo, en francés, con las constelaciones. Recuerdo el libro, grande para mis manos de entonces, cuadrado, de. tapa dura, con sobrecubierta. Recuerdo la yema de mi dedo recorriendo los dibujos de las constelaciones y pensando en los -primeros hombres que habían visto esos dibujos en el cielo, uniendo las estrellas.

Entre las constelaciones, mi favorita era la de Perseo. Me gustaba la historia de Perseo; no recuerdo si había leído el mito en un cuento infantil o si alguien me lo había contado. Sí recuerdo la inquietud que me produjo él cortando la cabeza de Medusa con la ayuda de un espejo, ya que no podía mirarla a los ojos, y guardando su cabeza llena de serpientes en una bolsa.

Pasé las noches de aquel verano pegado al telescopio mirando las estrellas. Con la ayuda de las ilustraciones del libro logré identificar varias y también algunas constelaciones.

Recuerdo mi sorpresa al descubrir que las Tres Marías eran el Cinturón de Orión. A ellas sí se las podía ver desde mi casa en San Isidro.

Tal vez fue por eso, por mi obsesión con el cielo nocturno, que ese año me regalaron un paquete de estrellas autoadhesivas, de esas que brillan en la oscuridad, para pegar en el techo de mi habitación. Venían con un mapa del cielo que permitía armar no recuerdo qué constelación. Yo quise armar la de Perseo pero no me alcanzaron las estrellas y la dejé por la mitad. De todos modos, creo que me había gustado mucho tener una representación del cielo en el cielorraso.

La noche siguiente, ya con las llaves, pude subir a la terraza a ver las estrellas.

Era una noche clara y luminosa. No recordaba nada de las constelaciones y no pude ubicar ninguna, salvo las Tres Marías y la Cruz del Sur. No encontré las de Perseo; tal vez, pensé, la Medusa le haya ganado esta vez.

En mis primeros meses en el norte me señalaron la Osa Mayor. También aquella era una noche clara, y me sorprendió la diferencia del cielo. Que vivamos bajo distintas estrellas.

No había pensado en esto por años. Lo recordé la primera noche en la terraza; y me alegré, sin saber bien por qué, de estar bajo el cielo del sur.

Aquiles dio un pavoroso gemido, que su augusta madre escuchó sentada en los abismos del mar ...

No termino de entender por qué me emociona tanto el Canto XVIII de la Ilíada.

El dolor de Aquiles por la muerte de Patroclo.

Ha perecido mi compañero a quien apreciaba por sobre todos mis camaradas ...

Tal vez, sí. No estoy seguro.

Ese gemido, ese dolor que atraviesa el mundo.

Patroclo yace muerto y ya se lucha alrededor de su cadáver desnudo ...

El desgarramiento de Aquiles, la cólera de estar vivo.

Miro hacia atrás. Trato de recordar los caminos que tomé para llegar hasta aquí. Las puertas que cerré, las puertas que abrí. No sé si todos los recuerdos son ciertos, si los soñé o inventé.

No elegí vivir esta historia, la historia me eligió a mí.

Debe haber muchas maneras de asumirla, pero yo la asumí como pude.

"Una imagen vale más que mil palabras", dicen.

Siempre me pareció errada la frase. Una imagen vale por las palabras que contiene.

Veo una imagen de un bosque, para mí es eso: un bosque. Alguien que sepa verá otra cosa. Tal vez por la sombra y el sol pueda saber el hemisferio en el que está ese bosque; tal vez pueda saber la antigüedad de los árboles, si están sanos o a punto de morir. Yo no lo sabré.

Veo la imagen de un auto con el capó levantado. Es solo eso: un auto con el capó levantado. Alguien podrá saber si es nuevo o viejo, la potencia del motor... Pero como yo no sé nada de esas cosas, no las podré ver.

El pasado, nuestras historias, son como las imágenes, valen por las palabras que contienen.

El pasado son palabras.

Manchas sobre un papel.

Antes creía que uno leía para completarse, para llenar eso inacabado que tenemos los humanos.

También creí que la lectura podía ser un lugar donde esconderse.

Ya no lo creo.

Creo más bien que leemos para dialogar y para entrar en conflicto con nosotros mismos. Para saber más de nuestras miserias, de nuestros miedos y, tal vez, de alguna pequeña grandeza.

Para salir un poco del ahogo de ser nosotros mismos. De esa voz que nos habla todo el tiempo.

Para escaparnos de esa cosa dentro de nosotros que no tiene nombre, de esa cosa que somos.

Estoy en un bar haciendo tiempo. Es un lugar moderno, impersonal; prefiero los tradicionales, los de madera y mármol, pero el abogado tiene su oficina a la vuelta y

llegué temprano. No manejo los tiempos del transporte de esta ciudad. Creo que aunque me quedara a vivir aquí toda la vida no los manejaría. El tránsito es un caos, el transporte público igual. Extraño la puntualidad 'del metro de allá. Ya aprendí que no debo decirlo; los porteños, que se creen tan cosmopolitas, suelen ser bastante provincianos y chauvinistas al hablar de su ciudad.

La televisión está encendida en un canal deportivo pero sin sonido. Son cinco tipos que hablan enfervorizados sobre algo; se nota que gritan, uno se para y agita los brazos, dos se ríen, agradezco que esté sin sonido.

En el bar, un par de mujeres grandes charlan y beben té. Un señor está leyendo el diario. Yo espero un café con medialunas que se demora; la camarera está apoyada en la barra hablando con el cajero.

Dos mesas más allá hay tres muchachos, tal vez de mi edad, tal vez un poco mayores. Escucho fragmentos de su conversación, solo de dos de ellos. El tercero habla más bajo.

Yo leo, o intento leer, una novela de ciencia ficción que habla de la imposibilidad que tenemos los humanos de conocernos entre nosotros. La traducción es pésima (voy a buscarla en inglés); la

traducción me derrota y me parece más divertido concentrarme en la conversación.

Son músicos, tocan en la misma orquesta. Uno tiene problemas con el director. El otro le dice que tiene que decirle al director lo que piensa. El director se llama Gabriel.

Hablan de Mahler y de viajes. Uno quiere ir a estudiar a Beijín; el otro quiere ir a Berlín, estuvo estudiando en Alemania, en otro lugar que no entiendo.

El tercero habla pero no lo escucho. Hablan con mucha pasión acerca de lo que hacen, se preguntan en cuál de todas las ciudades se estará produciendo arte. Hablan del derecho a la belleza.

El derecho a la belleza me parece un concepto hermoso, aunque no lo termine de entender.

Argumentan con fervor.

Envidié esa pasión. ¿Encontraré yo alguna vez esa pasión en algo? No estoy seguro de si podré encontrarla.

El que quiere ir a Beijín estudió un tiempo en Toronto, no logro oír la cantidad de años.

—Creo que nunca estuve en Toronto de verdad; solo estuve estudiando mi instrumento ahí.

Al salir del despacho, el abogado me pidió más papeles que, obviamente, no tenía encima.

Me fui a almorzar con Natalia. Me llevó a un pequeño restaurante frente a una plaza, nos sentamos afuera, el día era ideal para eso; un almuerzo al sol. Pedimos unos bagels de salmón y una copa de vino blanco. Con el café ella pidió un lemon pie; yo, torta de manzana.

Le conté, de la mejor forma que pude, la conversación que había escuchado en el café, le dije que me había impactado lo de "nunca estuve en Toronto", que me había hecho pensar en mí.

Ella se acomodó el pelo tras la oreja, tenía varias pulseras que tintineaban cuando movía la mano. Hizo un gesto como quien

espanta un insecto en el aire y dijo:

—Hay personas que siempre están y estarán de paso en cualquier lugar.

CUATRO

Hay
calles sentadas, despedidas, silban
en el pasado que vendrá.
Juan Gelman

Estábamos cenando en la cocina. Habíamos pedido pizzas porque nadie tenía ganas de cocinar.

-Deberías pensar en desarmar este departamento, vender los muebles o donarlos —dijo Martín.

Era nuestra cena semanal junto a Alejandra, luego de sus ensayos. A él solía verlo un par de veces más durante la semana; a veces almorzábamos cerca de su trabajo, a veces me acompañaba a pasear a Sacha, alguna vez fuimos a tomar unos tragos, otra al cine. A ella solo la veía en nuestras cenas semanales.

—Me estoy yendo, Martín -le contesté-. Termino con todos los trámites y me tomo el primer avión.

—Hace semanas que decís lo mismo y nunca terminás con los trámites, si no lo hacés ahora, lo tendrás que hacer en unos meses, o el año que viene o el otro. Pero en algún momento vas a tener que desarmar esto —abrió los brazos señalando alrededor—. Disponés de tiempo, hacelo ahora, y cuando te vayas, te va a quedar una cosa pendiente menos en Buenos Aires.

Martín estaba en lo cierto. Tenía que resolver qué iba a hacer con todas las cosas. Acepté.

Me pidió permiso para revisar un poco y nos quedamos con Alejandra en la cocina levantando la mesa y lavando.

Volvió minutos después.

—Hay mucho olor a encierro —dijo.

Era lógico; yo solo abría las ventanas del living, pero era preciso ventilar el resto de la casa.

—También hay muchos libros -comentó.

Por supuesto, me había olvidado del escritorio. De niño, me encerraba allí a leer viejas enciclopedias. En ese momento creí que tendría fuerzas para ponerme a desarmar todo, para enfrentarme una y otra vez con cosas del pasado. Estaba secando un plato de espaldas a ellos. Sentí una mano que se apoyaba, suave, en mi hombro. Creo que me quedé paralizado unos segundos.

—Nosotros te ayudamos —dijo Alejandra—, tranquilo. Y si hay puertas que no querés abrir, te ayudamos a dejarlas cerradas.

Arranqué al día siguiente. El principio fue sencillo. Luego del café y la caminata matutina con Sacha, fui hasta un supermercado cercano a comprar bolsas grandes de basura. No discriminé. Abrí todos los armarios y metí en las bolsas todo lo que encontré. Abrigos, blusas, zapatos. Solo dejé las sábanas y las toallas. A todos los cajones que tuvieran papeles, fotos, documentos los dejé para otro momento. Fui preciso, casi quirúrgico. Tardé tres horas en terminar. Después bajé a buscar al encargado y le dije que tenía ropa para donar; le pregunté si conocía alguna institución o iglesia que las aceptara. Eran diez bolsas. Me dijo que sabía a quién dárselas y prometió pasarlas a buscar por la tarde.

Martín estaba en lo cierto: había mucho olor a encierro y a moho que me dejó un olor acre en la nariz y un leve mareo. A pesar de eso, haber estado haciendo algo medianamente productivo me generó una ligera sensación de bienestar.

Me llamó Natalia (sin dudas ya había hablado con Martín) para preguntarme qué iba a hacer con los cuadros. Los cuadros. ¿Cuántos eran? ¿Siete, ocho? Desconocía si tenían algún valor o eran reproducciones, o si los había pintado algún amigo; no había reparado en ellos. Natalia también desconocía si tenían algún valor, pero se ofreció a pasar luego del trabajo con un compañero suyo especialista en artes plásticas.

Estaba cansado y tenía hambre, pero nada para comer. Iba a tener que resolver lo de mis provisiones, no funcionaba eso de comprar solo lo que iba comer para no desperdiciar. Debería proveerme de lo básico: arroz, fideos, algo de fruta y verdura. De

otro modo seguiría saliendo a comer afuera o comprando algo hecho. Decidí dormir una siesta sin almorzar.

Me despertó el timbre. Eran casi las seis de la tarde, había dormido profundo; me desperté sobresaltado y aturdido, sin saber dónde estaba.

El timbre volvió a sonar, era el encargado que venía a buscar las bolsas con la ropa. Me ofrecí a ayudarlo a bajarlas pero no quiso.

Cuando aún le quedaban dos bolsas por llevarse, llegó Natalia con su amigo. tl era un personaje divertido, bajo, con un abdomen prominente, vestido como un profesor universitario de una película vieja: saco de lana, chaleco, camisa blanca con una delgada corbata negra. Del bolsillo del saco asomaba la boquilla de una pipa.

A pesar de mis prejuicios por su aspecto, era una persona amable, culta y de muy buen humor. Analizó todos los cuadros con detalle, miró las firmas, dijo que lo que yo creía que era un dibujo a lápiz, del único pintor que conocía, era en realidad una serigrafía. Explicó que eran todos de un mismo movimiento, de la década del cincuenta, que podían tener valor y que tal vez encontrara a alguien a quien le pudieran interesar. Debo decir que creo que los miré en detalle por primera vez en ese momento. Algunos me gustaban más que otros, pero ninguno me volvía loco de la emoción. No me gustaba demasiado la pintura figurativa. Más allá de que fuera posible encontrar a alguien que los quisiera comprar, decidí descolgarlos.

Ni bien ingresé al hotel me sentí incómodo y observado, mi vestimenta no era la apropiada para el lugar, estaba lleno de hombres y mujeres de negocios o, al menos, vestidos como yo supongo que se viste la gente de negocios. Tendría que haberme puesto algo un poco más formal, pensé; pero no tengo ropa más formal en Buenos Aires, ni en ningún lado.

Llegué puntual y ella ya estaba esperándome. Mi madre. La había llamado al llegar a Buenos Aires y quedamos en que nos juntaríamos a tomar el té.

Me dio un abrazo, distinto a todos los que yo recordaba, urgente. Como cargado de un testimonio que no supe comprender.

Había envejecido desde la última vez que la había visto dos años atrás: tenía algunos mechones blancos que contrastaban con su pelo negro. Seguía siendo una mujer hermosa.

Ella me dijo que me veía más delgado y me preguntó si me alimentaba bien. Me reclamó que no estuviera con ellos en la casona familiar. Le expliqué que me resultaba más cómodo estar en el centro por los asuntos que debía atender. En cuanto lo dije me sentí un poco ridículo: "asuntos que debía atender".

Mientras tanto pasaban con un carro ofreciendo porciones de torta y pasteles; ella me recomendó cuáles pedir, recordaba mis gustos a la perfección.

Tomamos el té en silencio. En la mesa de al lado un señor mayor trataba de seducir a una chica de mi edad; la situación me incomodaba.

En un momento mi madre estiró su mano para acariciar la mía, dudó un instante y la rozó con sus dedos.

Me contó que habían pintado mi habitación por si yo necesitaba volver. Que mi padre me extrañaba mucho. Me habló de parientes lejanos y de algunas cuestiones sociales, de gente que yo desconocía o no recordaba.

Yo casi ni hablé.

Al momento de despedirnos nos dimos un abrazo más largo, la sentí frágil, liviana, enjuta.

—Uno no elige cómo le duelen las cosas -me dijo al oído.

Tomé la costumbre de subir a la terraza todas las noches. No lo planifiqué, lo descubrí al tercer día de hacerlo. Cenaba, lavaba y acomodaba la cocina. Leía un rato y antes de ir a la cama a seguir leyendo, subía. A veces con Sacha, a veces solo.

Recordé lo que me había dicho mi madre. Si no podemos elegir cómo nos duelen las cosas, ¿podremos elegir qué hacer con el dolor?

Natalia me había preguntado años atrás si hubiese preferido sufrir menos.

—Por supuesto -respondí.

—Serías otro -dijo ella. Ser otro, pensaba.

Miraba el cielo, su oscuridad y las estrellas. Me hubiese gustado tener mi viejo telescopio para mirarlas mejor, me hubiese gustado salir de la ciudad y acostarme en el pasto, como cuando era niño, para observarlas.

Me hubiese gustado saber qué era lo que me tranquilizaba de subir a la terraza antes de irme a dormir bajo el cielo del sur.

Estábamos en el medio del operativo para vaciar las cosas del departamento. Esperábamos a dos o tres compradores de muebles usados, para que tasaran todo y se los llevaran. Le vendí lo que se quiso llevar al que hizo la mejor oferta. Estoy seguro de que me timaron, pero mis ahorros enflaquecían y la venta de los muebles me daba dinero para vivir un tiempo sin necesidad de pedirles dinero a mis padres.

—Los pueblos inteligentes cuidan a los murciélagos —dijo Alejandra.

Alejandra hablaba con Natalia mientras guardaba en el estudio algo de la loza que había decidido no vender.

—Algunos pueblos los capturan y los queman vivos —seguía Alejandra—, porque lo relacionan con lo crepuscular y lo demoníaco. Los pueblos inteligentes los cuidan porque se alimentan de insectos nocivos para los seres humanos.

Me quedé parado en el lugar, no entendía por qué hablaban de murciélagos. Tenía en mis manos una sopera, enorme, de porcelana, con patas para sostenerse y una tapa con aplique de flores; me parecía horrible, pero a Natalia le había encantado y se la iba a llevar.

Vieron mi cara de sorpresa.

—Tengo historias de muchos otros animales y de insectos también, eh —señaló ella—. Suelo ser el centro de las reuniones cuando me pongo a contar historias de escarabajos ...

Yo lo ignoraba, pero Alejandra era bióloga; para mí era cantante y se dedicaba solo a eso. Se lo dije y se rio.

—No, no.

Nos contó que su padre casi no la llevaba de paseo en su infancia. Solo lo había hecho dos o tres veces. Pero hubo una vez, la primera, que fue la que más impactó en ella, un impacto tal, dijo, que transformó su vida para siempre.

—Recuerdo —evocó entrecerrando los ojos- subir

despacio las escalinatas del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, escoltadas por dos hermosas estatuas de tigres dientes de sable, extintos hace cientos de años.

Tomó un sorbo de agua. La miré para que siguiera contando.

—Las salas me parecieron inmensas, monumentales para mi tamaño relativo de entonces.

Nos contó que el corazón le latía rápido, de la emoción de enfrentarse a los dinosaurios, las colecciones de insectos, y en especial, a los escarabajos, que desde entonces son sus insectos preferidos.

—Jamás pensé que alguien pudiera tener insectos preferidos —le dije. Se rio de nuevo.

—Te sorprendería la cantidad de cosas preferidas que tengo —respondió.

Recordaba también la mano áspera de su padre, el perfume de su loción para después de afeitar, al entrar a la sala de Anatomía Comparada, una sala llena de esqueletos de distintos tamaños y formas, colocados de modo de perpetuar en el tiempo las posiciones que esos animales tenían en el momento de morir, como si en el último instante estuvieran aferrándose a la vida. Recordaba que apretó fuerte esa mano al mirar al techo y que vio esqueletos de ballenas, delfines y focas. Ahí se detuvo pensando en el mar, en su movimiento, en la danza de las olas desde la orilla.

Al terminar el recorrido estaba tan emocionada que le dijo a su padre que quería ver todo otra vez: ella pensaba que él le diría que

no. Él le acarició lentamente la cabeza, sonrió, una sonrisa que nunca le había visto, dijo, y volvieron a entrar.

A la salida su padre se detuvo en una pequeña tienda de suvenires y sin decirle nada le compró un cangrejo que estaba en un frasco: "Para que recuerdes siempre esta visita", le dijo.

—Y por supuesto que la sigo recordando e hice toda la universidad estudiando con ese cangrejo sobre mi escritorio. Hasta tiene nombre ...

En el viaje de vuelta a Buenos Aires, Alejandra se quedó pensando en cómo sería sumergirse en el mar para ver delfines, peces, quizá ballenas, y le contó todo eso a su padre. "Si te gusta, si de verdad te gusta, vas a hacerlo algún día".

Y ese mismo día ella decidió dos cosas que deseaba hacer cuando fuera adulta: ser bióloga y trabajar en un museo.

—Por suerte —dijo—, hace años que trabajo en un museo, en el área de mamíferos marinos; deberías venir a visitarlo. Estoy esperando para hacer una pasantía en la Patagonia.

Las cosas solo se ven bien desde lejos. Lo aprendí estando allá.

Se necesita perspectiva para ver. Como con un cuadro: cuanto más nos acercamos, menos lo vemos.

Uno se acerca mucho y se ven las pinceladas, los trazos, los pigmentos. Se necesita distancia para poder contemplarlo en su totalidad, para tratar de entenderlo. Distancia para ver.

Pensaba en eso mientras viajaba, en lo que había sido mi vida en mi casa en San Isidro.

No recuerdo quién me dijo que el hogar es siempre algo que está en el pasado, es lo que ha quedado atrás. Igual que la felicidad, igual que el amor. El amor es en pasado, es algo para recordar.

Se habían llevado todos los muebles. El departamento me parecía enorme y estaba perdido en él.

Tal vez haber quitado los cuadros no haya sido una gran idea. Quedaron las marcas en las paredes donde habían estado colgados; no pensaba pintarlas de ninguna manera. Pero las marcas de los cuadros en las paredes desnudas parecían remarcar las ausencias.

Mis amigos se habían llevado muchas cosas. Natalia aún debía pasar a buscar varias latas, que pensaba reciclar en sus artesanías, algunas figuras de cerámica y un par de botellas decorativas.

La casa seguía oliendo a moho y a encierro y decidí buscar a alguien que hiciera una limpieza profunda. El encargado del edificio me recomendó a una señora y la llamé. Vino, miró y me dejó una lista de productos.

Compré todo lo que me pidió y cuando vino a limpiar se ofreció a cocinarme también; me pareció una gran idea y le dejé dinero para que comprara lo que le hiciera falta. Las alacenas seguían vacías, así que necesitaría bastantes cosas.

Me fui con Sacha y un par de libros a buscar un lugar donde sentarme a tomar un café y leer tranquilo algunas horas.

Al volver me impactó el olor a madera vieja y a cera para piso. Me llevó de vuelta a la infancia, al campo de la abuela. Al perfume del pan recién horneado, a las tostadas con manteca y mermelada de higos casera. A la leche tibia recién ordeñada.

Me había dejado comida en la heladera y, sobre la mesa de la cocina, en un florero, un ramo de flores amarillas.

Parecía un ramillete de soles.

¿Tenemos derecho a leer cartas que no nos fueron destinadas? Si no tenemos derecho a hacerlo con los vivos, ¿por qué lo tendríamos con los muertos?

Leer palabras que no nos mencionan, que no nos pensaron a nosotros.

Daba vueltas alrededor de esa idea mientras cenaba unas papas a la huancaína que me había preparado Lina, la señora que había venido a limpiar.

Estaba en el estudio. Había abierto un pequeño baúl, forrado en cuero. Allí encontré cartas, postales enviadas por personas desconocidas para mí desde distintos lugares del mundo (Londres, París, Milán), algunas fotos.

Guardé las postales, eran un par de docenas. Tal vez a Natalia le interesaran para algo.

Había fotos mías de niño, familiares, del casamiento de la abuela (sin duda había sido una muchacha muy bella).

Cuando leí las dos primeras cartas decidí dejar de hacerlo, no tenía derecho a espiar la intimidad de otras personas. Las cartas las tiré. Abrí todos los sobres: en uno encontré una flor seca; en otro, una cinta azul. Las conservé.

No me parecía correcto leerlas, buscar allí algunas

respuestas. Aunque los destinatarios estuvieran muertos, aunque yo las quisiera. Aunque fueran mis muertos.

Había demasiada vajilla para descartar. Fuentes, soperas, vasos, copas...

Mis amigos se habían llevado algunas cosas. A Alejandra le habían gustado mucho unas tazas de té, de porcelana china, con filigranas.

Me detuve en una taza, sencilla, blanca con un borde azul; y lo vi.

Había elegido -uno elige- los recuerdos con los que lo iba a evocar. Una charla, una caminata, una lectura compartida. Uno elige qué recordar.

Pero esa taza me llevó a una tarde, tal vez la última

en que estuvimos la abuela, Ezequiel y yo tomando el té en este departamento. Estábamos celebrando que había terminado el curso de ingreso; aún no tenía las calificaciones definitivas, pero suponía que no tendría problemas. Los tres reíamos.

Recuerdo su risa y cómo sostenía aquella sencilla taza blanca con las dos manos, sus ojos azules mirándome tras el humo del té ...

Desarmaba un departamento.

Objetos que no eran míos, o sí, eran de personas amadas y que me habían amado. Y que, a su vez, habían amado a otras personas que yo no conocía ni conoceré jamás.

Me gustaba que mis amigos me acompañaran, pero también, como ahora, me gustaba hacer solo.

Alguien me dijo que la única forma de aprender la verdad es en silencio. Recordé la frase de Ursula K. Le Guin: "Para oír hay que callar".

Los conocía bien a ambos, a la soledad y al silencio.

La soledad no como la de un ermitaño, sino como una especie de distancia con el mundo, para protegerme, para pasar desapercibido.

Iba a necesitarlos para desarmar las cajas que me faltaban, para elegir los objetos de la memoria y del olvido.

Ezequiel no aparecía en las fotografías, él las tomaba. Solo estaba en una, abrazando a Sacha. Sacha estaba más flaco y parecía sonreír. ¿Sonríen los perros?

Colgué esa foto en el comedor, en medio de donde había estado colgado uno de los cuadros. Las marcas que el cuadro había dejado en la pared la enmarcaban. Una ausencia enmarcando a otra ausencia.

Era un domingo por la tarde, estábamos en e1 estudio bañado por la luz imprecisa del atardecer. Yo acomodaba las cajas que había llevado allí. Estaba separando algunas cajitas de madera talladas (no sabía cuál era su origen; hacía mucho tiempo que no guardaban nada), para regalárselas a Natalia. Seguro le gustarían. Separé para mí una muñeca rusa de esas talladas en una sola pieza de madera, que guardan en su interior otra igual y otra y otra.

—Falta género —dijo Martín y se rio.

Martín repasaba los lomos de los libros de la biblioteca que, en su mayoría, tenían más de veinte años de publicados. Buena parte del boom latinoamericano de los sesenta. Una colección traducida de la literatura de habla inglesa del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. También había un estante dedicado a diccionarios, inglés, francés, alemán ... Había uno español-noruego, noruego-español, de ocho tomos.

Martín revisaba los libros y separaba algunos para llevárselos prestados y otros para quedárselos. Por alguna extraña razón, quiso llevarse el diccionario de noruego.

Él es muy lector de libros de género (terror, ciencia ficción, fantasy) y siempre trata de contagiar su entusiasmo.

—A veces el terror o lo fantástico sirven para reflejar mejor la realidad que el realismo. Mirá el caso de Clive Barker: muchos de sus cuentos pasan por la sangre. Mucha sangre y mucho contagio. Hellraiser, por ejemplo, tiene que ver con los límites del placer -

Martín tomaba aire; lo conozco, le encanta el tema y sigue-. El tipo es gay y escribe en los 80, en sus libros se ve mejor reflejado el temor al contagio del VIH que en muchos libros realistas.

Yo me quedo pensando en Ezequiel, pero él sigue:

—La literatura en primera persona, aunque sea o pretenda ser autobiográfica, también le aplica fantasía a la realidad, estás sacando una conclusión, estás remarcando un sentido por sobre otro. Estás eligiendo qué contar y qué no. El realismo le impone a la realidad un recorte, una fantasía. Lo que es importante no es cómo alguien escribe, es cómo mira, dónde enfoca, qué alumbra, qué lugares elige mostrar y cuáles elige ocultar. Cuando uno lee de monstruos o de zombis o de dragones está leyendo sobre que el mundo, en cierta manera, es incomprensible. Debajo de la alfombra —y señaló la que estaba bajo el escritorio—, puede haber algo tremendo que no queremos ver.

CI N CO

Necesito petrificar el alma,
necesito recomenzar mi historia.

Anna Ajmátova

Es de noche y llueve. Tengo las manos entrelazadas bajo la nuca. Veo la lluvia golpear en la ventana.

Apagué la luz hace un rato.

Recuerdo unas vacaciones en el campo de la abuela. También llovía, yo estaba aburrido. Recuerdo el perfume acre de la leña en mi nariz. Miraba por la ventana, quería salir. Ella se acercó y me dijo:

—Buscá los colores, las hojas de los árboles, los distintos verdes con el sol se ven amarillos. Ahora se ven más oscuros, distintos.

Nos quedamos sentados juntos, frente a la ventana. Al rato, la abuela me dijo:

—Siempre me siento acá para ver los colores que despierta la lluvia.

Escucho a Sacha respirar mientras duerme en la cocina, a veces se levanta y camina un poco por las noches.

Me gusta pensar que lo hace para verificar que todo está bien y luego vuelve a dormir tranquilo. No creo que sea así pero no importa, me gusta pensar en eso y me serena.

De una u otra manera, todos nos contamos cuentos a nosotros mismos para tranquilizarnos.

Oigo a lo lejos los pocos autos que pasan sobre el pavimento mojado, alguna sirena, no identifico si es de los bomberos o una ambulancia.

Han pasado muchísimas noches desde mi regreso al sur. Ya no me inquieta no dormir.

Hay una serenidad en la noche que me gusta.

La oscuridad y el silencio pueden ser un lenguaje, otro, que hay que aprender.

De algunos viajes no se puede volver entero. Pienso en la *Ilíada,* pienso un poco en mí. Aunque se vuelva no hay regreso. Que el hogar es lo que se deja atrás.

Tardé en entender que no vivimos nuestra vida, vivimos nuestras historias. Las cosas que nos contamos para tranquilizamos. Y que uno siempre cuenta una cosa para contar otra. Pequeños trucos de prestidigitador.

Todos cumplimos nuestra propia condena, todos.

Estando allá, en el norte, me sentí liberado de contar mi historia. Antes de irme, cuando vivía acá, en el sur, siempre había creído que contar mi dolor me haría más débil. Tardé años en descubrir que me hubiera hecho más fuerte.

Tardé años en descubrir que cada uno usa, para tranquilizarse, las metáforas que puede o necesita.

Una de las noches en que no podía dormir prendí la televisión buscando alguna película para ver.

Mientras lo hacía pasé por un canal de noticias y había alguien, parecía un político en campaña electoral. "Yo me construí solo", decía. El entrevistador asentía.

La frase me quedó en la cabeza. Yo *me* construí solo.

¡Qué disparate!

Nadie se hace solo. Nadie. Estamos hechos por todos los que nos quisieron, los que dejamos de querer. De los momentos de alegría y de los momentos de desdicha. De los de placer y de los de inquietud.

De los que nos hirieron, de los que nos curaron. De las canciones que nos emocionaron, de las calles que caminamos y las que no.

Y al final, como dijo Sartre, somos lo que hacemos con lo que han hecho de nosotros.

Hoy hay un poco más de siete mil millones de personas en el planeta.

Antes que nosotros vivieron ciento siete billones de personas.

Miro las fotos de personas desconocidas para mí y me pregunto: fuera de los próceres, los dictadores, los santos, los científicos, los artistas, ¿cuántos serán recordados? Todos los demás, de manera inexorable, vamos en camino a ser olvido.

¿Y cuántos recordarán a Ezequiel?

Me digo —nuevamente— que ya no recuerdo el sonido de su voz, pero lo recuerdo a él, todos los días. Su sonrisa, su manera de caminar. Su forma de mirar el mundo.

La noche era apenas fría. Había subido con Sacha a la terraza.

Tres pisos abajo, Alejandra dormía en mi cama. Había estado un rato mirándola dormir antes de subir.

Días atrás la había visitado en el museo, lo recorrimos en silencio. Me impresionó una sala llamada "Buenos Aires, un millón de años atrás". Tenía reproducciones de animales y una muestra del subsuelo de la ciudad, además de objetos encontrados en distintas excavaciones.

Pensaba que un museo podría ser un buen lugar para trabajar, cuando ella me dijo:

—Me salió la beca, me voy a Puerto Madryn. ¿Vas a invitarme a tomar una cerveza para festejar?

Me quedé paralizado, tartamudeé y quedamos para el día siguiente.

A lo largo de mi vida había salido con varias chicas, claro. Afuera había tratado de tener algunas relaciones, pero mi timidez siempre me terminaba saboteando.

Resulta tan natural para mí refugiarme en el silencio que me es complicado pensar mi vida de otra forma. Creo que por eso me gusta tanto leer: es una manera de relacionarme con personas,

vivas o muertas, lejanas o cercanas. Los libros son un lugar en el que puedo aprender de las personas más fácil que con ellas.

Según Martín, ese silencio mío es un lugar en el que me quedo porque me siento seguro; es cierto. Me gustaría aprender a salir de allí, de a ratos, siempre que pueda volver a entrar. Alejandra me estaba dando una oportunidad.

Me tomé dos cervezas antes del encuentro, tratando de relajarme. Dio resultado. Al principio fui torpe, ella lo notó y sonrió, esa sonrisa me relajó. Balbuceé las primeras palabras y las siguientes se fueron hilvanando con soltura. Me relajé.

Hablamos durante varias horas y después vinimos caminando tomados de la mano, en silencio, hasta acá.

Había intimidad en el silencio.

Me di cuenta de que no extrañaba el sexo, extrañaba la intimidad.

Dije antes que hogar es lo que se ha dejado atrás.

Pero por primera vez sentía que una piel, su piel, era la promesa de un hogar para el futuro.

SEIS

Acaso las sombras huirán.
Luis Alberto Spinetta

—Nadie recuerda los barcos que llegan a destino —dijo Martín—. Los naufragios son los que dejan huellas en el mar; esas son las historias que se cuentan.

Estábamos en la cocina del departamento; cenábamos los cuatro: Alejandra, Natalia, Martín y yo. Había cocinado Alejandra, tallarines con salsa. El novio de Natalia trabajaba hasta tarde y la pasaría a buscar después.

Me gustaban esas cenas y sus sobremesas. Ellos discutían siempre y a mí me interesaba escucharlos. Tenían distintos puntos de vista, distintas miradas. Ya había aprendido que la clave para esgrimir un punto de vista o para entenderlo siempre está en el lugar desde el cual cada uno mira.

Mientras tarareaba *So far away*, Alejandra hizo la salsa.

El aroma perfumó la casa: aceite de oliva, ajo, tomate y albahaca.

Ni sal, ni pimienta, ni ají.

—Solo eso —le pregunté.

—Solo eso —dijo—, es bastante. Lo importante es la materia prima.

Natalia no estaba de acuerdo con lo que había afirmado Martín. Ella recordaba la historia de un barco que no había naufragado: el

que había traído a sus abuelos que escapaban de los nazis. "Hay que esconderse para sobrevivir", decía su abuelo.

Siguieron discutiendo y terminaron contando las historias de inmigración de sus familias.

Cuando se fueron me quedé pensando en sus ideas.

Solo los naufragios dejan huellas. Hay que esconderse para sobrevivir.

Tenía frío. La mañana estaba destemplada.

Mi caminata, unas treinta cuadras, no había logrado calentarme. Me detuve a tomar un café para sentirme mejor.

Había ido a buscar el chelo. Semanas atrás había abierto su estuche, lo había limpiado con cuidado. Traté de afinarlo; me di cuenta de que estaba descalibrado. Lo había llevado a un lutier y estaba yendo a buscarlo.

Antes de entregármelo, el señor se puso a tocar algo de Bach para mostrarme que el chelo ya estaba reparado.

—Es un instrumento noble -dijo. Y me lo alcanzó para que yo lo probara.

—No lo sé tocar —respondí—. Ya nadie lo toca.

Se hizo un silencio que me pareció incómodo para él; yo estoy acostumbrado a los silencios.

—Hizo bien en traerlo, de todos modos. A los instrumentos nobles hay que tratarlos bien siempre, aunque ya nadie los toque.

No pienso desprenderme nunca de él. Pero me gustaría ver, otra vez, algunos dedos pulsando sus cuerdas.

Es una noche cálida y espero e1 tren en la estación San Isidro, para volver al centro.

Mi padre quiso llevarme, pero no acepté. Preferí caminar hasta la estación y volver en tren. El cielo está limpio, miro la Cruz del Sur.

Había llegado temprano para almorzar. Necesitaba ir a buscar algunos retazos de lo que fui o de lo que soy. Necesitaba ir a encontrar los jirones que quedaban allí de mí, para tratar de estar entero.

Como la casa de la abuela, esta también me pareció más pequeña. Comimos en silencio. Me sorprendió encontrar una foto, de Ezequiel y mía, enmarcada, sobre un estante. No la recordaba.

Luego hablamos. Nos hicimos reproches. Muchos. Alzamos la voz.

Salí a caminar por el parque varias veces. Junté algunas nueces que habían caído debajo del nogal.

Las relaciones familiares suelen ser misteriosas y todas con lógicas distintas. Debemos aprender cómo funcionan, para sobrevivir. Aprendí que ese misterio no afecta a nuestros padres, nos afecta a nosotros.

Seguimos hablando.

Ahora en la estación me siento, después de años, más liviano. Como si me hubiese liberado de una carga que llevaba sobre la espalda.

Somos lo que podemos hacer con lo que han hecho de nosotros, dijo el filósofo francés.

En el bolsillo del buzo tengo una de las nueces que junté del parque. Siempre detesté ese refrán que habla de que el fruto no cae lejos del árbol.

Una vez la abuela me dijo:
—Una nuez no es un nogal, aunque lo contenga.

Alejandra viajó hace unos días, iré a verla pronto. Martín y Natalia se van a turnar para cuidar a Sacha.

Hablamos por teléfono a diario: Alejandra está contenta, me dice que me va a gustar la ciudad, me dice que me va a gustar ese cielo.

Yo le creo.

Me gustaría que lloviera allí. Me gustaría que ella me mostrara los colores que despierta la lluvia.

Me despido, corto la comunicación. Miro por la ventana.

Voy a la cocina, me preparo un té y lo sirvo en esa taza sencilla, blanca, la del borde azul.

Tal vez haya llegado el momento de la calma, pienso. Y sonrío.

Estoy sentado en el piso del living vacío. Sacha duerme a mi lado. Yo lo miro dormir. Más de una vez me he preguntado cómo me mirará él a mí. Ezequiel decía que en los únicos ojos en los que se veía como era real
mente era en los ojos de su perro, en los ojos de Sacha. Tal vez no debería preguntarme cómo me mira Sacha a mí, sino cómo me veo yo.

Pienso que fue un error haberme deshecho de todos los muebles.

Miro en la pared esa foto en la que están juntos. Acaricio a Sacha. Todas las cosas que pasamos juntos, todos los recuerdos. El amor que nos unía. Hermanos abrazados.

Aquiles es Aquiles por su talón. Es lo que creí siempre. Cuando Aquiles nació, Tetis, su madre, quiso hacerlo inmortal sumergiéndolo en el río Éstige, pero olvidó meter bajo el agua el talón del cual lo sostenía. Lo volvió indestructible, salvo en su talón; y Aquiles terminó muriendo cuando una flecha lo alcanzó allí, en su único punto débil.

Creí, siempre creí, que los hombres somos como Aquiles, con la diferencia de que en lugar de tener solo un punto débil tenemos solo un punto fuerte. Y que ese único punto fuerte, indestructible, es la esperanza.

Ahora que volví a la *Ilíada,* la enseñanza que me deja Aquiles es otra: hoy rescato su grito ante la muerte de Patroclo.

Ese gemido, ese dolor que atraviesa el mundo. Eso somos: lo que podemos gritar.

Agradecimientos

A Laura Leibiker y Laura Linzuain, editoras.

A Martín Blasco, que me escuchó hablar de esta novela caminando por las calles de Bogotá, Buenos Aires, Helsinki, Moscú y Sunchales.

A Silvana Buono, Germán Frers y Miriam Molero, por sus lecturas atentas y afectuosas.

A Maggie, por los colores.

Índice